
La Voracidad del Gremialismo

Juan Pablo Cárdenas

El transcurso de estos años deja cada vez más nítido que la base de sustentación ideológica del actual Régimen ha sido proporcionada, casi únicamente, por el gremialismo, es decir por aquel movimiento político nacido en la universidad ya varios años antes que los militares siquiera concibieran el 11 de septiembre de 1973.

Es más, no sólo es evidente la concordancia entre el discurso oficial y la cándida lucubración gremialista, sino la estrecha e irrenunciable participación de éstos en todas y cada una de las actuaciones del Gobierno. De manera que no debiera pensarse en otra suerte para este Movimiento que la del mismo Régimen que ha promovido y del cual se ha servido sin inhibiciones.

Por su desdén a la democracia, por su odio a los regímenes inmediatamente anteriores al actual y por su desbocado hedonismo una vez instalados en el poder es que se puede identificar a esta corriente —o partido— con los resultados más críticos de la Administración Militar. Son ellos —por ejemplo— los que desde un comienzo rodean a los rectores delegados y pisotean la inteligencia y la libertad en las universidades. Es, asimismo, su temor a las ideas contrarias la que promueve su delación —o silencio cómplice— en favor del exilio, la cárcel, la muerte o la tortura. Es su voracidad —finalmente— la que los hace disfrazarse de empresarios jóvenes o técnicos lúcidos para conformar bandas económicas con el único objeto de promover la especulación desatada, arrasar con los bienes nacionales y dejar inclinado a Chile ante el capital extranjero.

Toda la génesis y evolución del Gobierno presente involucra la acción de los gremialistas.

Son ellos los primeros en desafiar desembozadamente la institucionalidad republicana, valiéndose de la libertad del sistema político que los vio nacer y de la tolerancia

de la universidad que tanto criticaban. Luego, son los primeros en arribar como asesores y partidarios fervientes al Gobierno, al unísono con las brutales circunstancias que iban permitiendo la consolidación del mismo. Así, una vez establecidos en él, pasan a constituirse en el brazo rector de las grandes directrices oficiales, en los seres ungidos para ejercer la función pública y en los amos y censores de toda la vida nacional. Al grado de que los otros grupos partidarios del Gobierno (y que gravitaban algo más que ellos en la opinión pública) debieron conformarse con las prebendas desestimadas por la arremetida gremialista o evolucionar irremediabilmente a la Oposición.

Su cruzada desde el poder ha sido, justamente, apoderarse de Chile: literalmente, de la riqueza física y espiritual de la nación.

Para ello, y conforme a su acervo cultural, lo primero fue hacer dinero: poner en subasta, a precio risible, y a espaldas del pueblo, gran parte del patrimonio que se había recuperado para todos los chilenos; organizar las entidades financieras que complementarían el despojo nacional y, muy luego, incorporarse al manejo absoluto de toda la política económica, con los resultados caóticos de sobra conocidos.

Del mismo modo, con un poco de poder y gran obsecuencia, han logrado una injerencia incontrastable en la Educación, a la vez de ejercer un control sin precedente en la prensa y en todas las actividades culturales y recreativas. Para nadie es un misterio, además, que es el gremialismo el que se arroga el diseño de la Constitución recién dictada y de todos los plazos y metas fijados para prolongar o poner algún día fin a este período de interdicción ciudadana.

En todas sus acciones, sin embargo, el gremialismo ha dejado su rúbrica tan deletable como indeleble.

El país no podrá olvidar que en su exceso de soberbia e impudicia han llegado a la tergiversación más escandalosa de nuestra Historia, como la de aquella de asimilar a sus fatuos y engolados militantes con el coraje, martirio y amor a la Patria de los Héroes de la Concepción. Del mismo modo, nunca será

tan frágil la memoria de este país como para dejar de repudiar a quienes llegaron a apedrear a los obispos y proferir los peores epítetos y descalificaciones contra la Jerarquía Eclesiástica, cada vez que ésta ha intervenido en favor de los derechos humanos y la justicia social. Tampoco podrá quedar en el olvido su participación en la gran estafa de "La Familia", una vez actuando como "pirañas" o en sus recientes y más refinados desempeños como "Chicago Boys", manejando con una mano los negocios privados y, con la otra, los asuntos del Estado.

Es la imponderable majadería de los gremialistas la que lleva ahora a sus dirigentes a buscarse acomodo en la opinión pública y con los tiempos de renovación que aceleradamente se abren paso. Curiosamente empiezan a descubrirse a sí mismos como demócratas y a encontrar fascistas (no ya comunistas) a los que no se dejan engañar más por su oportunismo político. Del mismo modo, intentan hacer aparecer como fruto de su benevolencia lo que, a todas luces, es consecuencia exacta de su debilidad: el retorno de algunos exiliados y la irrupción inevitable del descontento generalizado y la Oposición en la vida nacional. Como si fuera poco, asumen aires de distancia con el Régimen desde el refugio que se les ha reservado en la Empresa El Mercurio, actuando ahora como columnistas o fríos e impersonales analistas.

Lamentablemente para el gremialismo, son sus compañeros de ruta iniciales los que están dejando en claro su incompetencia y arrogancia, responsable más que cualquiera del inmenso descalabro económico, político y moral que afecta a todo Chile. Pero será el país, a su debida hora, el que precise con entera justicia del daño que le han infligido, así como la sanción que se merecen estos agresores.

Con todo, la acción de este puñado de audaces debe dejar inmune al pueblo, por mucho tiempo, frente a estos periódicos brotes de apoliticismo y nacionalismo que, una vez que acceden al poder, se descubren como los más plebeyos y contrarios al alma nacional.